
INTRODUCCIÓN

§ I.—Apreciación del siglo XVIII.

I

Los hombres de lo pasado maldicen el siglo XVIII tanto por lo menos como la Reforma: acusan á la filosofía de haber engendrado la incredulidad, esa peste que envenena á la sociedad moderna, y de haber trastornado el orden político lanzando al mundo á interminables revoluciones. La reacción que siguió á las insurrecciones del 48 llevó esta oposición al paroxismo del odio: hubo un espanto universal cuando se vió audaces sectarios poner en cuestión las bases de nuestra existencia civil, la propiedad y la familia. La Iglesia, siempre en acecho para recobrar la dominación que le han arrancado los libres pensadores, se ha apresurado á explotar el miedo que se apoderaba de todas las almas, aun de las más intrépidas, y ha organizado una cruzada contra el siglo XVIII, que ella considera como el principio del mal que radica en Francia y que de aquí se difunde á toda Europa. Esto es juntamente una obra de venganza y un cálculo de ambición. Uno de los primeros actos

de la revolución del 89 fué llevar al Panteón los restos de Voltaire y de Rousseau, lo cual era como una santificación del libre pensamiento en las personas de sus órganos más ilustres. La reacción católica arrastró por el lodo á los que la humanidad moderna venera como santos. Apareció un escritor dotado en alto grado del talento de la injuria, que manejaba admirablemente el vocabulario de plazuela, y la Iglesia lanzó este libelista contra los filósofos del siglo pasado. En cualquiera otra época no habría inspirado más que repugnancia; después del 48 se hizo escuchar y aplaudir. Dejémosle la palabra:

“¡Sí, en verdad! Nosotros nos sublevamos, y lo tenemos á gloria, contra los afamados de ese siglo imbecil é impuro que todo lo ha falseado y lo ha podrido todo: la política, la literatura, las artes y sobre todo la conciencia pública; siglo que comienza en la obscenidad, prosigue en la impiedad y acaba en una disolución sangrienta. ¡Se pretende hacernos admirar esta gran fermentación del sofisma, de la impiedad, de la necedad, terminada por una irrupción de canibales que, saliendo á la

vez de todas las cloacas, comunican á Francia y al mundo la peste más mortífera que haya desolado y castigado la civilización cristiana! ¡Se ofrecen á nuestra veneración esos hombres cuya sucia vida lleva como apéndice nombres sobre los cuales no podrá acumular bastante execración la humanidad entera! Voltaire, Rousseau, Diderot, d'Alembert, madame Duchâtelet, mademoiselle Volant, mademoiselle Levasseur, bellos modelos, excelente familia, flor y nata de gentes honradas; pero treinta años más tarde, Voltaire, d'Alembert, Diderot, Rousseau, se llaman Mirabeau, Barrere, Danton, Marat, Robespierre y compañía. Contad bien los enciclopedistas, y veréis que cada uno de ellos reaparece en la figura de un revolucionario, convertida la pluma del sofista en la innoble espada del setembrista, (1).

Conocida es la política de las gentes de sacristía: calumnia, que algo queda. Esta guerra de injurias que ataca al adversario en su honor, en su dignidad, es una infamia cuando se dirige á los vivos que, en caso necesario, pueden defenderse abofeteando á los difamadores asalariados ó llevándolos ante los tribunales; pero ¿qué nombre dar á los que ultrajan á los muertos? ¡No hay ninguno de vosotros, ilustres pensadores de un siglo ilustre, que, si pudiera salir de su tumba, no impusiera la marca del calumniador á ese libelista católico! ¡Y la Iglesia en cuyo nombre habla, cree que vais á sucumbir á los golpes de un difamador! No advierte en la ceguedad de su odio que las innobles armas de que usa se vuelven contra el que las emplea. La reacción católica tendrá su fin; y cuando llegue el día del juicio para el catolicismo, será invocada como testigo de cargo contra una religión que no se avergüenza de recurrir al más vil de los crímenes para matar el libre pensamiento.

¿Quién creería que no han bastado esos ataques furibundos para satisfacer el santo celo de los defensores de la Iglesia? Han necesitado el escándalo, tal como se produce en los lupanares y en los presidios. Sí, el frenesí católico ha llegado al punto de intentar transformar á Voltaire, y con él á los filósofos, á los escritores, á los grandes señores, y aun á los soberanos, en disolutos y en bribones (2). La filosofía gritando en un lugar in-

(1) VEUILLOT, *Mélanges*, t. vi, p. 584.

(2) NICOLARDOT, *Ménage et Finances de Voltaire*, 1854.

mundo ó en una prisión correccional, ¡qué triunfo para la esposa sin mancha de Jesucristo! ¡Imprudentes apologistas! ¿Han olvidado, ó no han sabido jamás, que todos los crímenes del código penal han sido cometidos por los ungidos del Señor, que se intitulan vicarios de Dios y se llaman infalibles en materia de religión y de moral? Hay, después de todo, una diferencia entre los papas y los filósofos, y es que los soberanos pontífices han sido convictos por los concilios de acciones tan infames, que no se osa leer en público la relación de sus fechorías, mientras que las acusaciones lanzadas contra los libres pensadores no están probadas, y una acusación no probada es una calumnia.

Tentados estaríamos á despreciar esos oscuros libelos y á remitir á sus autores á de Pradt, el malicioso arzobispo de Malinas, que ha caracterizado perfectamente á los adversarios del siglo XVIII: "En cuanto á esas pobres gentes que profieren sus pobres juicios sobre Rousseau y celebran á sus expensas pequeños holgorios, que, en vez de retroceder de espanto en presencia del gigante, dirigen confiados débiles golpes contra sus proporciones colosales, son dignos de gran admiración; y para no turbarlos demasiado en su contento, hay que remitirlos á la lectura de *Gulliver*, rogándoles que se detengan en el pasaje donde se le pinta aplastando á centenares, á cada movimiento que hace, á los *Liliputienses* que se esfuerzan por encadenarlo: allí encontrarán su propia historia, (1). Si, los escritores católicos, en comparación de los filósofos, son verdaderos enanos que pretenden abatir á gigantes; pero esto no es una razón para responderles con el silencio del desdén, porque detrás de los *Liliputienses* está la Iglesia de que son instrumentos, y para habérselas con la Iglesia hay que templar bien las armas. Existe además el movimiento de reacción que ha suscitado esa legión de insectos maléficos, y ese movimiento de retroceso es demasiado universal, demasiado persistente, para que no se mezcle con él un elemento más honorable, más legítimo que los miserables libelos que deshonran nuestra época. La guerra de insultos que se hace al siglo XVIII es, en definitiva, una de las fases de la lucha eterna entre lo pasado y lo porvenir; y con este título tiene su puesto en la historia, aun cuando no fuera sino como testi-

(1) DE PRADT, *les Quatre Concordats*, t. I, p. 432 y nota.

monio contra un pasado que en vano se trata de resucitar.

II

Injusto sería no ver en la reacción católica más que un desencadenamiento de malas pasiones. No existe sólo en ella el temor de las revoluciones, el miedo de la propiedad amenazada por el socialismo; existe también el sentimiento religioso que, espantado de la ruina de las viejas creencias y no hallando satisfacción en las doctrinas de los novadores, se lanza con violencia y á ciegas á la religión de lo pasado. Verdad es que la Iglesia explota este sentimiento; mas para que pueda abusar de él en provecho de su inmortal ambición, preciso es que tenga fuertes raíces en el corazón del hombre. Por nuestra parte, abrigamos la convicción profunda de que la religión es una necesidad indestructible de la naturaleza humana; y si parece á veces como que se debilita y apaga, se despierta inmediatamente con mayor energía. Es igualmente incontestable que no ofrecen las nuevas doctrinas alimento suficiente á la fe, á la necesidad de creer. Aquellos para quienes la religión es una inspiración puramente individual pueden contentarse con las creencias que desde ahora existen en la conciencia general; pero la religión es ante todo el lazo de las almas: de ahí la necesidad de una Iglesia y de un culto. Mientras no se levanten nuevos templos al lado de los católicos, las almas religiosas, para quienes la comunión y la simpatía son una necesidad, volverán sus miradas hacia la religión tradicional; y eso es lo que constituye la fuerza y la legitimidad de la reacción católica.

Existe, sin embargo, un obstáculo á esta reversión á lo pasado. Por más que la Iglesia maldiga y condene la revolución, no es menos cierto que la revolución es la explosión de ideas y de sentimientos que son para la humanidad moderna una necesidad tan imperiosa como la religión; ó, por mejor decir, la libertad, la igualdad, la fraternidad, proclamadas por nuestros padres en el 89, son uno de los dogmas de nuestra religión. ¿Cómo conciliar estas tendencias irresistibles de la sociedad actual con el catolicismo, que las condena como una emanación del espíritu del mal? En nuestra opinión, la conciliación es imposible, porque la antinomia es radical; y así es tan grande, en efecto, el embarazo de los que quieren aliar la religión católica y las

conquistas del 89, viéndose obligados á forjar un catolicismo que Roma repudia y que hasta ha sido condenado en la persona de un sacerdote de genio. Si la suerte de Lamennais no detiene á los que, siguiendo sus huellas, pretenden unir la libertad y la religión, es porque se hacen una gran ilusión respecto de sí propios, como respecto de lo pasado y de lo presente. Nada más curioso en este punto que el juicio que forman del siglo XVIII. Acabamos de oír á los ultramontanos, á esos ortodoxos de pura sangre: para ellos la filosofía es la negación del cristianismo, es una invención del demonio. En cambio, si hubiéramos de creer á los neocatólicos, para quienes la libertad es querida, no serían las doctrinas del siglo pasado sino la aplicación social y política de los dogmas cristianos.

Una de las figuras más notables del movimiento religioso de nuestro tiempo es ciertamente madame Swetchine, que dejó la Iglesia griega para entrar en el seno de la Iglesia romana. Viviendo en París, debió oír á más de un admirador de la filosofía oponerle los beneficios que la sociedad moderna debe al siglo XVIII. Oigamos su respuesta: "La filosofía del siglo pasado es un período durante el cual se ha dejado á los enemigos del cristianismo sacar el corolario de las verdades sociales potencialmente encerradas, como las verdades de todos los órdenes, en la religión cristiana. Las teorías humanitarias del siglo XVIII no han hecho brotar más que una parte de lo que estaba latente en el cristianismo; los filósofos no han hecho más que tratar de extender á la sociedad lo que hasta entonces había sido aplicado especialmente al individuo. Han intentado agrandar el círculo y ensanchar el precepto, pero no han promulgado jamás, en hecho de verdades, sino ideas tomadas de la fuente del cristianismo ó impregnadas de su espíritu... Lo que los filósofos tomaban ó daban con miras originales no era las más veces sino deducción sacada de los principios depositados en su corazón por su educación primera; y lo que veían á anunciar se parecía á lo que el cristianismo ha tenido siempre la misión de introducir en el mundo, como esos billetes cuyo origen y plagio se reconocen confrontándolos con la matriz de que se han cortado, (1).

Hé ahí, pues, á los filósofos acusados, decimos

(1) MADAME SWETCHINE, *sa Vie et ses Œuvres*, par le comte de FALLoux.

mal, convictos de robo. Mas ¿por qué no ha reclamado la Iglesia contra los plagiarios? Cuando, á fines del siglo XVIII, le quitó la revolución sus bienes, llamados como por irrisión patrimonio de los pobres, lanzó la Iglesia grandes gritos contra esta usurpación. ¿Cómo se dejó despojar, sin quejarse, de bienes mucho más preciosos, de su doctrina, y precisamente por hombres que le hacían una guerra á muerte en nombre de los mismos principios que tomaban ó que robaban descaradamente del cristianismo? Madama Swetchine plantea la cuestión; pero no halla respuesta, porque no es responder exclamar: "¿No pudiera decirse que son hijos indolentes é ingratos que se dejan arrebatar la herencia de su padre por los mismos que le ultrajan?". Si hubiéramos tenido el honor de asistir á las reuniones en que madama Swetchine trataba de conciliar estas dos potencias rivales, la filosofía y la religión, nos habríamos tomado la libertad de decirle: "Señora, el plagio que imputáis á Voltaire y á Rousseau no se comprende; vuestra Iglesia, la buena madre, no se ha limitado á dejarse despojar por sus enemigos en silencio y sin levantar la voz contra los temerarios que ponían sus manos en el arca santa; ha gritado, y gritado muy alto; los obispos y los papas se han alzado contra los filósofos: censuras y mandamientos, apologías y quejas, denuncias elevadas á los pies del trono, han lanzado maldiciones contra la filosofía. Y ¿qué es lo que ha reprochado vuestra Iglesia á los libres pensadores? ¿Ha reivindicado su doctrina? Lejos de eso, ha maldecido y execrado las ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, de humanidad, de tolerancia, que pretendéis pertenecer al cristianismo. Dignaos, señora, explicarnos esta singular contradicción. Decís que *las máximas de los filósofos son idénticas al espíritu del cristianismo*. En la confesión á que os habéis convertido, la Iglesia es el órgano infalible del Evangelio, ó, si os parece mejor, de la tradición cristiana. Ahora bien; vuestros papas y vuestros obispos han rechazado hasta la víspera del 89 esas *máximas idénticas al cristianismo*, las han combatido durante la revolución y las condenan hoy todavía. Grande es nuestro embarazo, señora, tened la bondad de sacarnos de él. Si decís verdad, se engaña vuestra Iglesia; y entonces, ¿qué es de su infalibilidad, qué del catolicismo? Y si es la Iglesia quien tiene razón, entonces vuestra religión no es la suya; tenéis por con-

secuencia, un catolicismo peculiar vuestro: ¿no se llama esto ser hereje? ¡Ciertamente, señora, no valía la pena desertar del cisma para abrazar la herejía!..

La apreciación del siglo XVIII que acabamos de consignar no es peculiar á la escuela política que se complacía en agruparse en torno de madama Swetchine, y que la ha levantado después de su muerte sobre un pedestal, en nuestro sentir demasiado alto; volveremos á encontrarla en nuestros *Estudios sobre la revolución*; filósofos sinceramente religiosos, pensadores de una trascendencia mucho más grande que la convertida rusa, creen que el verdadero cristianismo, el cristianismo social data del siglo XVIII; rechazan resueltamente la herencia de los tiempos anteriores, especialmente de la edad media, que para Roma sigue siendo siempre su ideal (1). Pero ¡cosa digna de notarse! los pocos hombres que forman esta escuela, mitad filosófica, mitad religiosa, se han separado del papa, y, por consecuencia, del mundo católico en una cuestión fundamental, la del dogma que ha tenido á bien promulgar el vicario infalible de Dios, con desprecio juntamente del buen sentido y de la tradición. Son, pues, casi herejes bajo el punto de vista del ultramontanismo, y la opinión ultramontana es la que hoy domina en el mundo católico. ¿No debe hacer esto reflexionar á los que dicen que la filosofía del siglo pasado es una emanación del cristianismo? No es ese ciertamente el cristianismo que impera en el Vaticano.

Hay otro cristianismo que procede de la Reforma, y que puede, en rigor, conciliarse con Rousseau y aun con Voltaire. El cristianismo evangélico es todavía más hostil á la edad media que la filosofía: la reprueba y la condena como una desviación, como una corrupción de la enseñanza del Cristo; y al romper con lo pasado, no estaban los reformados lejos del camino de lo porvenir en el cual se encontraron con los libres pensadores. Verdad es que parecía separarlos un abismo, la revelación sobrenatural, milagrosa; pero el abismo no era absolutamente infranqueable, como lo prueban las sectas más avanzadas de la Reforma que lo han salvado y que dan la mano á los filósofos, de quienes no difieren casi más que en el nombre. Aun los protestantes que quedan apegados al cristianismo histórico hacen justicia al siglo XVIII; y, cosa sin-

(1) BORDAS-DEMOULIN y HURT.

gular, su lenguaje es absolutamente el mismo que el de los neo-católicos de Francia. La conformidad es notable y merece ser consignada. *Vinet* dice, como madama Swetchine, que el movimiento social que caracteriza la época moderna tiene su primer origen en el cristianismo: "Los filósofos han llamado humanidad, filantropía, lo que los cristianos llaman caridad; ahora bien, la caridad tenía ya diez y ocho siglos cuando se les ocurrió á los libres pensadores propagarla con otro nombre. No es, pues, la filosofía quien ha inventado la caridad, ella ha hecho sólo una nueva edición..", No dice *Vinet* que esta nueva edición es corregida y aumentada; basta nombrar la tolerancia de que fueron apóstoles los filósofos del siglo pasado, para probar que Voltaire y Rousseau no eran usurpadores ni plagiarios: mal podían tomar de la Iglesia un sentimiento de que ésta carecía hasta el punto de hacer de la intolerancia una virtud.

Hasta aquí está *Vinet* de acuerdo con madama Swetchine; pero se expresa con más desenvoltura cuando se trata de apreciar la violenta oposición que todas las Iglesias cristianas, reformadas como católicas, hicieron á la filosofía del siglo pasado. El ministro reformado confiesa que el cristianismo tal como reinaba en las Iglesias del siglo XVIII, era una religión atea, viciada, falseada; el verdadero patrimonio del Cristo había caducado; los que se arrogaban su administración eran infieles á la tradición celestial de su divino Maestro. Esto explica, añade *Vinet*, por qué concibieron los filósofos un odio tan profundo como injusto contra el cristianismo; no lo vieron tal como es, sino una forma pasajera que, á decir verdad, no era más que una letra muerta. Lejos de maldecir la filosofía hay que glorificarla, porque recogió la herencia abandonada de Jesucristo; sin sospecharlo y sin quererlo, ha servido al cristianismo que creía aplastar: "Lo ha desprendido de la grosera envoltura, condensada por el curso de las edades, que sólo en parte había roto la Reforma, y bajo la cual se perdían su libertad, su fuerza, su vida celestial. Ese será, acaso, á los ojos de lo porvenir, el servicio capital prestado por el siglo XVIII; y así, ciego instrumento de la Providencia, habrá realmente, sin saberlo y contra su voluntad restaurado el sentimiento religioso..", (1).

(1) VINET, *Histoire de la littérature française au dix huitième siècle*, t. II, p. 344, 372.

Esta rehabilitación un poco desdeñosa del siglo XVIII ha encontrado favor fuera de la Iglesia, en el campo de los filósofos. Hay en Francia una escuela poderosa por el talento de su fundador y por sus numerosos discípulos que llenan las cátedras y las academias: los ecléticos no han sido jamás muy agresivos contra el cristianismo; antes se les podría reprochar el ser sus cortesanos: negarían de buen grado la guerra que existe entre la revelación cristiana y el libre pensamiento; atestiguan un profundo respeto á la religión oficial, y sólo piden que se les permita filosofar libremente. Compréndese que, animados de sentimientos tan pacíficos, aplaudan una apreciación del siglo XVIII que permite establecer la paz entre la filosofía y la religión; y así proclaman que el siglo XVIII no se conoció, que maldecía el cristianismo, del cual era hijo legítimo: "Depuradas todas estas ideas acerca de Dios y su providencia, ¿de quién sino del cristianismo ha heredado el siglo XVIII esos principios de humanidad, de justicia universal, que tan gloriosamente ha aplicado á la sociedad moderna? La verdad es que la religión natural, tal como los filósofos la han concebido y en cuyo nombre han combatido el cristianismo, es un producto del propio cristianismo..", (1).

III

Las dos apreciaciones que acabamos de resumir se contradicen en todas sus partes, aunque una y otra emanan de defensores de la Iglesia ó de partidarios del cristianismo. Según los unos, los filósofos del siglo pasado eran de la ralea de Satanás, conjurados no solamente contra el Evangelio, sino contra toda religión y contra toda moral, y, según los otros, serían los libres pensadores discípulos del Cristo á quien escarnecen, culpables á lo sumo de ignorancia ó de ingratitud, siendo la Iglesia más culpable que ellos todavía, pues que se ha necesitado la filosofía para sacar de la doctrina cristiana las consecuencias sociales y políticas que la Iglesia se negaba á admitir. ¿Cómo puede ser juntamente el siglo XVIII el enemigo mortal y el hijo del cristianismo? ¿Cómo puede ser la filosofía juntamente cómplice de la revolución y glorificada por haber enseñado las máximas cristianas de li-

(1) SAISSET, *le Christianisme et la Philosophie (Revue des Deux Mondes, 1845, t. 1)*.